

# *La europeización de América\**

HERNÁN G. H. TABOADA\*\*

Universidad Nacional Autónoma de México

**Resumo:** Exame dos processos latino-americanos do século XIX que levaram a uma estreita relação entre os nossos países com a Europa e ao reforço do eurocentrismo crioulo. Essa relação foi então imaginada como muito mais velha e íntima, mas na verdade pertence, da mesma forma que os procesos em outras regiões à época da hegemonia europeia no mundo. Esta hegemonia já mudou, dando assim oportunidade à superação do eurocentrismo crioulo.

**Palavras-chave:** Eurocentrismo; Migrações internacionais América Latina; Mentalidade crioula.

**Abstract:** Examination of the processes of Latin American 19th century history that led to a close relationship between our countries with Europe and to the strengthening of Creole Eurocentrism. Such link was imagined as much older and intimate, but actually belongs, in the same way that in other parts of the world, to the European hegemonic period in history. In our days the change towards a new world system is giving the opportunity for overcoming Creole Eurocentrism.

**Keywords:** Eurocentrism; International migrations Latin America; Creole mentality.

---

\* Recebido em 02 de agosto de 2015 e aprovado para publicação em 06 de setembro de 2015.

\*\* Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC), Universidad Nacional Autónoma de México. E-mail: [haroldo@unam.mx](mailto:haroldo@unam.mx).

**E**mpiezo con la referencia, para no repetir innecesariamente, a trabajos míos anteriores donde toqué temas emparentados con el que aquí me encorva sobre el teclado. Eran intentos por desbaratar el esquema eurocéntrico de explicación de la historia latinoamericana que nos domina, el esquema eurocriollo, para retomar el término que con Carlos Tur inventamos en cierta ocasión (TUR; TABOADA, 2008). Se me podrá recordar que se ha convertido en empresa de moda clamar contra el eurocentrismo, pero una cosa es hacerlo tras las trincheras de las teorías posmodernas y otra salir al combate y mezclarse en la refriega contra las categorías, cronologías, juicios de valor y elaborados discursos que durante siglos fueron tejiendo dicho esquema.

En esa refriega me ensarcé entonces, y es verdad que me mostré temerario en exceso, porque pretendí rastrear la historia de la formación del esquema eurocriollo, trazar un esquema alternativo, discutir varios temas anexos y describir con algún detalle el comienzo de una de sus etapas decisivas, entre otros (TABOADA, 2012). Cada una de estas empresas llevaría una vida, pero agregó en mi disculpa que la estrategia detrás de ello era publicar para no seguir corrigiendo, como aconsejaban algunos sabios, y a lo mismo van enderezadas las páginas que va a leer quien desde aquí se decida a seguir hasta el punto final.

Las mismas van a tratar de aclarar un aspecto de aquella discusión, implícita a veces más que explícita, a veces muy abiertamente ideológica y en todo caso siempre ahistórica, en torno a la pertenencia o no de América Latina a la civilización occidental. Ya el tema por sí mismo amerita una investigación de historia de las ideas: cuándo empezó la propuesta, cuándo la duda, quiénes dijeron que sí, quiénes que no y quiénes oscilaron, y de éstos quiénes con orgullo, con lástima, con alivio. No me cuento entre ninguno de los anteriores porque, ya lo expresé con frecuencia, la categoría básica que rige la discusión aludida, la de Occidente, y el esquema civilizatorio que está en su base, me parecen muy poco útiles para el análisis histórico y porque me parece discutible el relato histórico habitual, que es el que fundamenta las distintas formas de afirmación y negación.

Discutiendo dicho relato, en el pasado traté de sustituir sus lineamientos por los de una historia americana entendida a partir de las dinámicas propias y no de las externas. Resumo aquí lo dicho entonces, aunque habrá alguna ligera variante porque mi perspectiva se va moviendo. Todo empezaba mucho antes del “descubrimiento”, ese marcador por excelencia eurocéntrico, cuya importancia reducía: señalaba que las relaciones de lo que después se llamó América se dieron privilegiadamente, durante milenios, con el Asia, y que dichas relaciones continuaron durante los siglos coloniales y los republicanos; que la llamada conquista fue un proceso de hondas consecuencias demográficas, económicas, sociales y culturales, pero que el periodo que le siguió, los tres siglos coloniales, fueron bastante módicos en los resultados que se suelen citar para probarnos que hubo desde entonces una conversión de América a la civilización cristiana, o europea, u occidental.

O a las variantes de la misma, cuando se habla de una América Hispana, una Portuguesa, otra Francesa, Inglesa, y podríamos seguir mentando la Holandesa, Rusa, Danesa, Sueca, Maltesa, Curlandesa. De alguna me olvido seguramente. Definir de esta manera es privilegiar uno de los elementos de ciertas sociedades americanas posteriores a la conquista, y a veces dicho elemento es el menos importante: el origen, en ocasiones lejano, de los dominadores. Por supuesto que ya no se relata la historia de América sólo como la historia de sus conquistadores, de los repartos imperiales del siglo XVIII, de la lucha entre “latinos” y “sajones”, pero el nombre mismo de América Latina y muchos supuestos que todavía se reproducen están apoyados en estas concepciones.

Mi esquema histórico alternativo proseguía hasta alcanzarnos en este siglo XXI, pero interrumpo aquí su exposición porque es en este punto, el del final de la colonia, donde quiero retomarlo con mayor detalle para enfatizar algunos aspectos relativos al desarrollo de América independiente y a la cuestión que en mi tercer párrafo de arriba planteaba, centrándome en esta sección que precisamente en el siglo XIX fue llamada América Latina. Todo en aras de aclarar la discusión de marras en torno al Occidente, aunque parezca irme por otro lado.

## Nuestra Ilustración

Si recapitulamos la historia que nos ha sido contada innumerables veces, las ideas francesas, la Enciclopedia, Rousseau, Voltaire, el liberalismo inglés hicieron dudar a los habitantes de los imperios ibéricos de las verdades recibidas y los lanzaron a conquistar sus derechos y lograr su independencia. A esta interpretación se ha opuesto, muy fuertemente en ocasión del bicentenario de la independencia, otra que privilegia el papel no de las ideas transpirenaicas, sino de viejas concepciones hispanas y católicas en torno al buen gobierno, a la representación popular y al derecho a la insurrección. En tal depósito habrían abrevado los insurgentes.

Detrás de la postura revisionista hay viejas reivindicaciones de todo tipo, incluyendo las de sectores conservadores, católicos e hispanistas, hay un sesgo que fue favorecido por el Estado español actual, que financió gran parte de las actividades ligadas a los centenarios de la independencia, y hay elementos dudosos. Rescato sin embargo lo siguiente: el carácter endógeno de las ideas independentistas casa con una reciente lectura de la Ilustración como fenómeno ecuménico y no eurocéntrico. Partiendo de estudios sobre su heterogeneidad y de las relecturas sobre los orígenes del mundo moderno, Sebastian Conrad ha propuesto ver la Ilustración no como una categoría analítica abstracta sino como un concepto para estudiar reclamos concretos, menciona su constante reinención en los más diversos lugares (imperio otomano, Bengala, Japón, Siam, Filipinas), y en periodos muy posteriores al siglo XVIII, las simbiosis con el pensamiento local y la fusión con idearios posteriores (CONRAD, 2012).

A partir de esta útil reconceptualización, lo que tenemos es una constelación de Ilustraciones locales, y entre ellas adopta nuestra Ilustración americana características muy especiales, dada su muy temprana aparición y las relaciones más cercanas con los centros europeos. Sin negar en éstos el origen de muchas ideas y del espíritu general que expresaba, es provechoso privilegiar la matriz local donde fueron volcados y la forma especial que para nuestro medio asumieron la Ilustración americana y su secuela que fue la independencia. Dejan así de ser ambas el primer capítulo del nuevo orden inaugurado en el siglo XIX y se convierten en el

último episodio de una evolución propia que pudo haber comenzado al día siguiente de la conquista.

La misma está constituida por los esfuerzos de algunos conquistadores por cortar los lazos de dependencia con el monarca español y formar en tierras americanas reinos independientes, en alianza con fuerzas locales. Fracasaron pero posteriormente grupos criollos o mestizos protagonizaron a lo largo de los tres siglos coloniales distintos alzamientos, motines, revueltas. Las autoridades españolas eran conscientes de este peligro permanente. No hay acuerdo en caracterizar a estos movimientos: en un primer momento se los ensalzó como precursores de la emancipación pero posteriormente se dio en subrayar su carácter local e inconexo, por lo que las más recientes lecturas de la independencia los descalifican.

Cobran distinto sentido si se los relaciona con el paralelo desarrollo de un discurso que tiene como hitos a Garcilaso de la Vega (1539-1616), a Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), a nuestros ilustrados y culmina con los patriotas insurgentes. Desde un presente esperanzado, dicho discurso se apropiaba de las culturas amerindias y de la naturaleza americana como de elementos diferenciadores y llegó a proponer por primera vez una reflexión en que el europeo ya no es el centro, sino que hay otras culturas aparte de los esquemas grecolatinos (FLORESCANO, 2002, p. 267-287). Su última etapa agregaba el tema de un futuro de abundancia, libertad y fraternidad, en la que las patrias americanas brillarían como un faro para la feudal Europa, la despótica Asia y la bárbara África.

Ya es moneda corriente ver tales discursos como la expresión cada vez más coherente de un grupo peculiar, el de los criollos, crecientemente ricos, conscientes de sus diferencias con los peninsulares y dotados de elementos culturales cada vez más sofisticados. También se ha dicho que en realidad dichos criollos, que pretendían hablar por todos los americanos, eran en realidad una minoría muy pequeña y opresora, que alegaba falsamente la hermandad de todos los sujetos del orden colonial. Ya los realistas señalaban esta incoherencia, como lo hicieron los autores conservadores en época republicana. Consideremos sin embargo que esos primeros discursos nacionales de tono americanista fueron, tras muchas mutaciones, los mismos que se mantienen hasta hoy y son esgrimidos por

las más distintas reivindicaciones, nacidas de los mundos diversos y en ebullición y cambio que originaron esa primera versión.

Desde esta perspectiva, entonces, la Ilustración americana deja de ser apéndice del movimiento nacido en Europa y se conforma como instrumento de discursos de aquellas sociedades que habían tenido tres siglos para crecer entre distintas combinaciones de aportes étnicos, situación geográfica, geopolítica y posibilidades económicas, conformando las más diversas gradaciones de mezcla entre elementos amerindios, afroamericanos, euroamericanos y asiáticos, dando en las culturas mestizas y criollas que han ocupado la curiosidad primero y la investigación después. Fue el mundo que definió Bolívar en el Discurso de Angostura (1819): “Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de Europa”. Unos brindaron las ideas básicas, otros tema y color a todas las gamas de la literatura regional, satírica, costumbrista o de denuncia, a la novela de la tierra, a la novela del boom, a la nueva novela histórica, al cine latinoamericano, a las telenovelas, a idearios de liberación, indigenistas y revolucionarios.

Para reforzar esta idea quiero resaltar otros matices que se captan desde una perspectiva que no se suele asumir en los estudios latinoamericanos, por lo menos en relación con esta época, el de la comparación con otras formaciones políticas de la ecúmene de entonces. Durante algunas décadas, antes que se asentara sin discusión el dominio económico, político y cultural europeo a fines del siglo XIX, distintos Estados de tipo agrario-burocrático en el Viejo Mundo intentaron modernizar sus estructuras militares, administrativas y económicas contratando a expertos europeos, difundiendo ideas modernas y hasta desarrollando sistemas industriales propios. El ejemplo más antiguo puede ser la Rusia de Pedro el Grande, el más exitoso el Japón Meiji, y a su lado los muy variados casos del imperio otomano, el Egipto de Muhammad Ali, Siam, China, Persia etc, que se emparentan con los movimientos de la Ilustración ecuménica antes aludidos. Los nacionalismos modernos, que dieron en los varios movimientos de emancipación del siglo XX, se inspiraron y extrajeron elementos de tales antecedentes.

Tal fue la gran familia de los ilustrados de Nuestra América. Las sociedades que bajo su égida se independizaban y que veían tan rosado su futuro fracasaron en el diagnóstico de sus males y en las soluciones propuestas. En ello se parece su suerte a la de distintos reformismos en Asia y África. Las generaciones siguientes se lo señalaron repetidamente: fuera de la independencia poco y nada se había logrado. En ello nuestra culpa es inexcusable, pero hay otro factor que acentuó las dificultades, el mismo que a corto o largo plazo hizo fracasar la mayoría de los proyectos modernizadores a lo largo del mundo. Dicho factor fue el ascenso del mundo no atlántico a la hegemonía mundial. Con él se dio la europeización de América Latina que los proyectos de los ilustrados criollos no habrían podido prever a partir de las muy tenues señales a su alrededor.

## Hegemonía europea y migraciones

El problema de la hegemonía mundial europea, sus causas, aspectos y comienzos son cada vez más debatidos en la historiografía. Las posiciones han llegado a ser muy variadas: se apunta al origen de dicha hegemonía ya en el Neolítico, en la Antigüedad, en la Edad Media o en la temprana modernidad. Otros la ven como producto de una coyuntura a fines del siglo XVIII, cuando Europa pudo superar a los Estados asiáticos hasta entonces dominantes en el sistema mundo. Sus causas se las ha visto en virtudes intrínsecas a Europa (racionalidad, capitalismo, revolución industrial etc.) o en la dialéctica de las civilizaciones, en la cual la conquista europea de América habría tenido papel principal como fuente de recursos, permitiendo la victoria sobre las sociedades asiáticas hasta entonces dominantes.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> La problematización apareció con cierta coherencia, si bien más bien implícitamente, en *The rise of the West* (1963) de William McNeill; explícitamente en *The modern world-system* (1979-) de Immanuel Wallerstein y *The European miracle* (1982) de Eric Jones. A partir de ahí, las tres vertientes – historia mundial o global, comparación explícita e historia del sistema mundial – han arrojado y siguen arrojando cantidad de volúmenes de valor desigual. De los últimos que conozco cito como bueno *Why the West rules, for now* (2010) de Ian Morris y como malo *Civilization, the West and the Rest* (2012), de Niall Ferguson.

De esta amplia discusión creo que puede rescatarse el carácter tardío de la hegemonía europea, independientemente de que sus orígenes fueran más remotos: sólo se mostró a fines del siglo XVIII y en el siguiente fue adquiriendo creciente solidez. Sus dimensiones fueron primeramente comercial y más tarde industrial, financiera, militar, política y cultural. Su disgregación ocurrió paulatinamente a lo largo del siglo XX. El núcleo de esta hegemonía que llamamos europea fue en realidad el Atlántico norte (Holanda, Inglaterra, Francia, Escocia, Estados Unidos) y sus centros se fueron diversificando con el tiempo, notándose la paulatina incorporación de nuevas regiones, hacia el sur (Italia septentrional, Cataluña), el norte (Báltico) y el este (Alemania, Rusia occidental). Más allá se conformaron una semiperiferia y una periferia, pero en estas últimas se erigieron determinados puntos geográficos como centros regionales de donde irradiaba la dicha hegemonía y grandes cambios culturales estuvieron asociados con la conformación de tales puntos.

Todos habrán reconocido en el vocabulario usado las concepciones de Immanuel Wallerstein. Este autor, como antes que él los exponentes de la teoría de la dependencia, se esforzaron en señalar los mecanismos por los cuales América Latina había entrado a formar parte precisamente de la periferia del sistema mundial. Sus esquemas tienen distinto valor, pero en general les falta el elemento cultural, que por varias razones es poco funcional en dichas teorías. Sostengo que si lo recuperamos, asociándolo a los factores económicos y sociales que habitualmente se presentan, podemos dar en varias claves útiles para la comprensión de lo que nos trae.

El sistema mundial eurocentrado en la época de su funcionamiento óptimo, antes de la “gran transformación” de principios del siglo XX, requería de abundante personal de todo tipo ubicado en las distintas zonas geográficas que lo conformaban: personal directivo y técnico, mano de obra obrera y de servicios, fuerza militar y policial, intelectuales. En los centros de poder se reciclaron de forma relativamente fácil los recursos humanos a disposición: los grupos dirigentes, nobleza y burguesía, el personal del aparato estatal, la academia y las clases populares (grupos artesanos, campesinos, plebe urbana, marginales) fueron puestos al servicio de las nuevas finalidades. Las resistencias fueron vencidas, aumentó la población y

cambiaron la articulación entre clases, la organización familiar y los valores. Es lo que tantos describieron minuciosamente bajo los rubros del triunfo de la sociedad burguesa, de la revolución industrial, del capitalismo.

Más difícil fue encontrar el personal necesario en la semiperiferia y la periferia. Es cierto que se hallaron aliados entre las clases dominantes y que muchos grupos comerciantes, terratenientes, eclesiásticos se pusieron al servicio de los centros de poder noratlánticos. Pero muchos otros se negaron a cambiar sus funciones tradicionales, la ética laboral a veces estaba muy alejada de la que se requería, hubo fracasos y decepciones, resistencia pasiva y cultural, todo tipo de revueltas tradicionalistas y milenaristas. La solución fue el traslado masivo del personal necesario. La hegemonía de Europa tuvo también una dimensión demográfica: entre 1750 y 1850 su población aumentó de 120 a 210 millones de habitantes. Seguían siendo menos que los del Asia en conjunto, pero las cifras se aproximaban, como nunca en la historia, a las de China (260 millones en 1812) y la India (125 millones hacia la misma época). El crecimiento fue función de procesos internos en Europa y la distribución demográfica por obra de las migraciones fue obra del sistema mundial, que regula continuamente los flujos poblacionales, despuebla y repuebla, desplaza personal y termina influyendo sobre la frontera civilizacional.

La literatura de época de la hegemonía europea, ensayos, ciencia política y económica y novelas, está llena de referencias a esa gama de nuevos instrumentos del imperio que se esparcieron por todos los rincones. El administrador y el militar inglés o francés, o el misionero y banquero, acompañados andando el tiempo de su esposa e hijos, tratando de recrear en tierras lejanas su lugar natal y dando así origen a casas, iglesias, escuelas, clubs en el más riguroso estilo de la madrepatria. A ella volvían tras su servicio, a veces con un idioma aprendido y un libro escrito, y al final de sus días gozaban de un apacible retiro en su lugar natal, no sin dar lugar a retratos caricaturescos de sus modalidades mezcladas.

Por debajo de ellos se movían otros personajes, más pintorescos y variados. Desde los más remotos rincones acudía gente que era enganchada en la administración de los imperios. Podían también pertenecer a la nación conquistadora, pero de sus franjas marginales, escoceses y corsos

abundaban, o judíos: la vida de Lawrence Durrell nos muestra la facilidad con que un espíritu aventurero o inadaptado en su país lograba encontrar un puesto burocrático menor en Chipre o en Alejandría. Podían igualmente pertenecer a otros países europeos, los del este y el sur, polacos, húngaros, italianos, griegos. Las novelas de Joseph Conrad o la biografía de Constantino Kavafis también nos ilustran sobre estos sectores.

Localmente había una población heterogénea a su servicio. Estaba formada por las tradicionales castas dedicadas al comercio o a la banca: judíos, armenios, parsis, banianos, mzabíes encontraron una situación privilegiada bajo el régimen extranjero, que los independizaba de la discriminación, violencia e incertidumbre a la que estaban acostumbrados en los Estados agrario burocráticos. Los grupos citados se convirtieron en fieles sostenedores del sistema colonial, estuvieron entre los primeros en ir a estudiar a las universidades de las metrópolis, a asentarse en ellas, a adoptar sus costumbres y lengua. Todavía hoy se distinguen sus sucesores en las capitales europeas. Una variante fue la del pretendiente ha asimilado que a un cierto punto se daba cuenta que ninguna metamorfosis obraría el milagro de que los dominadores lo aceptaran como un igual. De ellos surgieron muchos de los primeros dirigentes nacionalistas.

Junto a estos movimientos minoritarios hubo grandes migraciones masivas producidas por la gran extensión de las actividades capitalistas y de la libertad casi absoluta de movimientos. A diferencia de la de nuestros días, la globalización anterior a la primera Guerra Mundial permitía el libre desplazamiento de las personas; si había alguna restricción era por parte de los Estados tradicionales, temerosos del despoblamiento. Los imperios coloniales daban la bienvenida a pobladores que se les asemejaban en cuanto a la ética del trabajo: ello explica la diáspora de chinos, indios y javaneses en las costas africanas y del Caribe; nuevamente nos sirve acudir a una biografía, esta vez la de Mahatma Gandhi, y su actuación en Sudáfrica.

Y hubo por fin, protagonista de infinita narrativa, un movimiento multitudinario de europeos. Cuando hablamos de este fenómeno en el siglo XIX pensamos en los destinos principales: Estados Unidos, Australia, el Río de la Plata. Conviene ir más allá, hacia las otras muchas regiones que abarcó la migración europea. La costa mediterránea meridional fue una de ellas. El

episodio más saliente es por supuesto la colonización sionista de Palestina, que debe notarse estuvo acompañada por una migración de colonos alemanes que después de la primera Guerra Mundial fueron desalojados. Pero también hubo desplazamientos parecidos hacia otras partes, hubo ciudades y aun zonas rurales que se convirtieron en centros de población y cultura europea. Fue Alejandría una, llena de griegos e italianos, junto con la más variada gama de nacionalidades, así como El Cairo, Argel y Orán: la narrativa de Naguib Mahfuz, como antes la de Albert Camus, y sus póstumas memorias *El primer hombre* nos ilustran sobre esta realidad, que también existía en ciudades de Marruecos y Libia.

Podemos extender la mirada al resto del mundo y ver fenómenos parecidos, núcleos de población europea en África, en la India, en China y en el Pacífico, que se adentraban hasta rincones escondidos o se asentaban en las regiones de más compacta población nativa, como Cantón, Beijing, Estambul. Se dedicaron a la agricultura, al comercio y a los servicios, incluyendo extensas redes de actividades ilegales. Mucha narrativa y películas originaron estas sociedades, con sus costumbres, su mentalidad, sus miedos, y las reacciones que suscitaban en el entorno. A diferencia de los administradores y militares, que cumplían un servicio por un tiempo determinado, los colonos permanecían de por vida y dejaban hijos en las nuevas tierras. A un cierto punto las circunstancias los empezaron a expulsar, proceso que duró mucho tiempo y dejó rastros en la historia social, económica y cultural de distintas latitudes, así como en la historia personal de muchos individuos.

### **Migraciones latinoamericanas**

En mayor medida que las otras regiones que se expusieron, aunque menos que los Estados Unidos, nuestros países recibieron abundante migración desde Europa (así como desde otros lugares). Mucho se ha escrito sobre ella, tanto desde la perspectiva de los países emisores como de los receptores y no voy a referir una vez más sus números, las zonas involucradas, las huellas culturales, el agotamiento de la migración y su

reversión. Sí en cambio haré algunos señalamientos desde la perspectiva del sistema mundial, lo cual da pie a una instructiva serie de comparaciones, analogías y contrastes con los resultados en América Latina y en otras partes del Viejo Mundo.

La despoblación era un mal principal que nuestros primeros teóricos temieron: demasiado territorio vacío, o simplemente poblado por indios o por humanidades que, en la mirada de los dichos teóricos, no servían para sus proyectos de modernización rápida. No entendieron el consejo de Simón Rodríguez “colonícese el territorio con sus propios habitantes”, se la pasaron denunciando la mentalidad arcaica, pereza, afición a actividades poco útiles, empleomanía de sus sociedades y también debieron enfrentarse a resistencia pasiva y a todo tipo de revueltas tradicionalistas y milenaristas. La solución fueron los planes de inmigración, la cual fue un tema permanente de propaganda y debate, que encontraba un medio internacional favorable, con grandes contingentes dispuestos a emigrar, los mismos que habían llenado los otros espacios de Asia, África y Oceanía.

Aquí es cuando son de anotar las singularidades de nuestros países: la cantidad de migrantes y su concentración fueron superiores a las de los ejemplos vistos anteriormente en el Viejo Mundo. La densidad no fue en todos los casos la misma pero el asentamiento de extranjeros fue un fenómeno general, que afectó hasta a los países más aislados. En todo caso su visibilidad fue mucho mayor entre la relativamente despoblada América que entre las muchedumbres del Viejo Mundo y su significación también fue mayor. Provocaron uno de los súbitos cambios de dirección que su historia demográfica ha sufrido (siendo otros el descenso de población posterior a la conquista y la gran expulsión que tiene lugar en nuestros días).

Los inmigrantes fueron llamados con insistencia, no llevados por la potencia colonizadora, a veces con la oposición de la población existente, como en el Viejo Mundo. Se cuentan escasamente los movimientos nativos contra ellos en nuestros países, como el de *Tata Dios* en Argentina (1872), en el que murieron 36 inmigrantes, cifra lejana a los miles entre extranjeros y chinos cristianos que costó el levantamiento de los Boxers (1900). Pero a diferencia de los otros grandes receptores migratorios, que fueron los Estados Unidos y las posesiones inglesas de Australia, Canadá y Sudáfrica,

disponíamos de mínima influencia en el sistema mundial. Por otro lado el desorden político, la incuria administrativa, la corrupción, la ignorancia y otros factores impidieron un control efectivo de las migraciones, que parecen haber sido tan libres como en ningún otro sitio.

En estas condiciones llegaron especímenes análogos, pero no iguales a los que se asentaron en las regiones coloniales: no había administradores o militares, como mucho cónsules, ministros o asesores militares. Tampoco se habían desarrollado las castas comerciantes del Viejo Mundo – que la legislación colonial había mantenido apartadas de nuestras playas. Existían grupos indígenas conocedores de caminos y mercados, así como una actitud comerciante muy generalizada entre los criollos, pero la nueva situación requería mucho más en términos de ética comerciante, refinamiento de los mecanismos económicos y amplitud de los contactos, y llamó a nuevos actores. Lo notable es que estos últimos fueran en parte creación de la necesidad: si bien algunos pertenecieron a los grupos que tenían tales funciones, como judíos y armenios y se habló y se sigue hablando sobre su labor de control de la economía y los circuitos comerciales, en el pequeño comercio minorista fueron aventajados por otras etnias que complementaron su papel comercial-financiero-industrial: libaneses, chinos, barcelonnettes. La fama es que traían de sus tierras una antiquísima tradición mercante, la verdad parece ser que las bases verdaderas de su crecimiento económico, sus redes de solidaridad, crédito e información, se crearon aquí en América.

Menos notados en las historias de la migración son otras etnias que vinieron a desempeñar trabajos más rudos y serviles. La literatura política preocupada por la falta de mano tras la abolición de la esclavitud propuso buscarla en los más alejados rincones. Ya dije que chinos, indios y javaneses alcanzaron las islas del Caribe con las que compartían un amo colonial; allí se los encuentra todavía y de allí saltaron a las repúblicas latinoamericanas circundantes. Los acompañaron negros caribeños y negros africanos llegados después de la abolición de la esclavitud empleados para grandes obras como la construcción de ferrocarriles y la apertura del Canal de Panamá. No faltaron japoneses ni polinesios, traídos en distintas condiciones.

La principal característica diferenciadora de nuestras corrientes migratorias fue su permanencia posterior. No se empezaron a ir masivamente,

víctimas del reflujo nativo, una vez finalizado el momento eurocéntrico de la historia. No sufrieron la expulsión violenta de los colonos franceses en Argelia, de los ingleses en la que fuera Rhodesia, de los italianos en Libia, ni se fueron yendo de a poco como los ingleses a los que constitucionalmente se otorgó un lugar en India, o los griegos de Egipto. Los hijos de la gran migración hacia Nuestra América se quedaron, por lo menos la mayor parte, no sobrevivieron como una comunidad reclusa física y culturalmente: se integraron a las sociedades locales y formaron un sector significativo de sus clases dominantes.

Los cambios culturales a los que dieron lugar fueron abundantes. No es que éstos fueran desconocidos en las otras áreas. Por doquier se ha notado, en ese momento eurocéntrico tantas veces aludido, la penetración de hábitos europeos muy personales y cotidianos en la indumentaria, la comida, el cálculo de la hora, las costumbres femeninas, el uso del espacio y del tiempo libre, en los nuevos estilos arquitectónicos, musicales y literarios. Sólo que la separación física y simbólica fue mayor: generaciones tradicionalistas y modernas, kasbah y ciudad europea, clérigos e *intelligentzia* formaban oposiciones que no se reprodujeron en Nuestra América, donde la cultura europea y aun la china o árabe fue mucho más omnipresente. Quizás porque las mayores divisiones, fruto de nuestro pecado original, la desigualdad, se daban no con los recién llegados de Europa sino al interior de la sociedad colonial, entre las clases inferiores y las elites criollas, que realizaron una simbiosis cultural con los nuevos arribos.

Tanto que a esta altura nos debemos esforzar para entender que los aspectos materiales y espirituales de las culturas indígenas, mestizas y hasta criollas de principios del siglo XIX eran bastante distintos a los europeos y que existía una diversidad, por empezar lingüística, que después se fue reduciendo. “Se daba por parte de los más un insospechado apego por las antiguas formas de vida, que no tenía ni buscaba justificación racional alguna y parecía apoyarse tan sólo en que esas formas eran las viejas y queridas, en que era inimaginable desenvolverse fuera de ellas; en suma, en que eran las tradicionales”, escribía de la Argentina todavía visible Esteban Echeverría. Se pueden allegar otras numerosas observaciones de la literatura costumbrista

sobre las novedades introducidas, las quejas de sectores conservadores y múltiples pequeñas anotaciones sobre hechos de la vida cotidiana o de la sensibilidad existente, que se enfrentaban a la abrumadora presencia de objetos, instituciones, ideas y gente provenientes de Europa.

Pensemos que en la América del norte también se había dado un proceso análogo de reanudamiento de lazos con Gran Bretaña que conformaron una “sociedad atlántica” desde fines del siglo XVIII. Las Trece Colonias, que habían crecido un poco abandonadas por la madre patria, empezaron a tener comunicaciones más frecuentes con ella, hubo migraciones crecientes, influencia científica, literaria y artística mutua y mayor espacio dedicado a América en la prensa periódica y en los libros británicos. Personalidades como Noah Webster y Ralph W. Emerson, partidarios de una lengua y un espíritu americano propios, fueron desplazados por dirigentes e intelectuales más propensos a ver los rasgos comunes con la Gran Bretaña y a estudiar su pasado, incluyendo el antiguo y el medieval (KRAUS 1996; FERNÁNDEZ-ARMESTO, 1995).

### **La asimilación criolla**

La Ilustración americana se basaba en una visión complaciente y optimista de las propias sociedades y en una visión crítica de Europa, “prostituta vieja, podrida, intrigante y menesterosa”, como repitiendo a Bonaparte la llamaba Servando Teresa de Mier. Las décadas posteriores revirtieron los juicios y los críticos de la segunda generación empezaron a señalar, mucho trabajo no les costaba, los enormes obstáculos puestos para la implementación de las reformas legales y civilizatorias que sus padres habían pretendido. Posiblemente en nuestra historia alternen lo movimientos de optimismo con los de pesimismo, y a estos últimos pertenece este periodo.

El pesimismo de este lado embonaba con la producción del otro lado del océano de los relatos triunfantes de la hegemonía europea. Éstos no faltaban antes, y los criollos ya habían podido leer una interpretación eurocéntrica de la historia y del estado actual del mundo en Montesquieu y

hasta en Bossuet, pero los nuevos relatos fueron mucho más abundantes, detallados y convincentes, empezando por el fundacional de Hegel. Además llegaban en mayores cantidades, impulsados en el interés en la historia y la ciencia política que se estaba despertando y que ya no conocía los diques de la censura imperial o inquisitorial. Un “enorme alud de impresos”, que encontraba extasiado al chileno Mariano Egaña en Europa hacia 1828, colecciones de obras clásicas, de nuevos autores, que crecientemente se podían leer en sus idiomas originales.

La conversión de nuestras elites al nuevo relato de la modernidad fue rápida y completa. Los diarios, que habían pululado y eran la lectura más habitual, nos ofrecen la mejor indicación: junto a los asuntos locales, el texto y las imágenes se refieren privilegiadamente a la cultura europea. El teatro, que fue también ganando terreno en el gusto de las clases criollas urbanas y que era concebido como una herramienta principal de adoctrinamiento, también tenía esta referencia en las escenas y personajes, que a menudo eran representados por actores europeos. Los colaboradores extranjeros a la prensa latinoamericana aumentaban a la par que las riquezas y sus emolumentos. Muchos de nuestros primeros esfuerzos literarios copiaban no sólo el estilo sino también los temas y escenario de Europa. Cuando hacia allí viajábamos, y lo hacíamos con multiplicada frecuencia, nos mimetizábamos mayormente, porque empezamos a ser objeto de una curiosidad exotizante que nos molestaba.

Para quienes no leían ni viajaban, el glamour de Europa se hacía presente cotidianamente en los más diversos objetos que las industrias inglesa, francesa, belga y alemana nos arrojaban: ropa, muebles, herramientas, bebidas, perfumes, juguetes, jabones, embutidos; todos los refinamientos, los placeres, los vicios, las modas que los que podían empezaron a consumir ávidamente. Para el caso de Brasil, quien ha estudiado con esmero el cambio fue Gilberto Freyre, quien en sus varios libros retrató el paso de la sociedad patriarcal – ligada a Portugal, a África, al Asia y al mundo indígena – por aquella otra dominada por Europa (especialmente FREYRE, 1977).

No nos extraña entonces encontrar la expresión de dicha conversión en términos rotundos entre los círculos más expuestos a estas influencias y más deseosas de ampliarlos. “Nosotros no tenemos

nada que nos sea propio, nada original, nada nacional; civilización, atraso, preocupaciones, carácter, y aun los vicios mismos, son europeos, son españoles”, escribía Domingo Faustino Sarmiento; o su coterráneo Juan Bautista Alberdi en su escrito “Acción de Europa en América” (1845), donde consideraba positiva dicha acción, incluyendo la española, y que “los que nos llamamos americanos no somos sino europeos nacidos en América” (SARMIENTO 2001, p. 114; ALBERDI 1945, p. 120). No era ésta, por supuesto, la opinión de los europeos nacidos en Europa que nos visitaban, ni la de los estadounidenses, que más bien nos comparaban con tártaros u hotentotes. Lo del origen europeo es uno de los temas de la apologética criolla, que a veces nos repiten de afuera cuando quieren halagarnos o conviene a otros intereses.

Eran tales criollos convencidos del parentesco los que terminaron por formar las clases dirigentes de sus países y fueron los que consolidaron el Estado etnocrático desde el cual se modeló la idea de nación que todavía nos rige: legislación, instituciones y sistemas educativos elaboraron mapas, historias nacionales, símbolos, cuadros históricos y estatuaría para decirnos que nuestras naciones formaban parte de un orden mundial cuyo centro eran los países europeos, cristianos, civilizados, occidentales, con los cuales teníamos lazos históricos que se ensanchaban cada vez más. Los elementos americanos en la imagen de nación fueron reducidos a adornos, rezagos o símbolos, así como las ideas ilustradas de una excepcionalidad y una centralidad de nuestros países acabaron sustituidas por el relato eurocéntrico, con su coda eurocriolla acerca de la exclusividad europea en la conformación de nuestros países.

Junto a los próceres criollos hay que contar entre los actores de esta conversión a los numerosos intelectuales que también fueron llegando. Cada país puede enlistar a su lista de aventureros que por distintos motivos se asentaron, escribiendo, enseñando, relatando el país, fundando instituciones en un medio en el que todo faltaba. Personajes meritorios la mayoría de las veces, pero que tendían a retomar el relato eurocéntrico en el que se habían formado. En ocasiones los intelectuales llegaban por parvadas, como a fines del siglo XIX muchos periodistas, académicos, conferencistas, maestros, y en el periodo de entreguerras los refugiados políticos de la Guerra Civil

española, del nazismo y después del comunismo. La más funesta influencia parece haber sido la de conferencistas que acudían para toda ocasión, y se ha documentado el desprecio con que accedían a tales giras, y a los cuales se le preguntaban ya en el momento de desembarcar qué pensaban de sus países huéspedes. Lo peor es que a veces abrían juicio y escribían interpretaciones sobre lo que no conocían.

No faltaron propuestas americanistas en el tiempo, especialmente cuando la admirada Europa mostraba los dientes. La serie de agresiones hacia mediados del siglo XIX, que culminaron en la conquista francesa de México (1862-1867) provocaron reacciones, entre las cuales destacan la del aparato de propaganda del dictador rioplatense Juan Manuel de Rosas (1829-1852), sostenedora del americanismo frente al bloqueo naval impuesto por Francia e Inglaterra, y la del chileno Francisco Bilbao (1823-1865), vigoroso cantor de la resistencia de América pero también de Asia y África frente al colonialismo de los países de Europa. Nuevamente a fines del siglo XIX el venezolano César Zumeta se alarmaba ante el avance colonial en Asia y África: “De los pueblos débiles de la tierra, los únicos que falta por sojuzgar son las repúblicas hispano-americanas” (ZUMETA, 1899, p. 24). Pocos años después se vio que otro pueblo criollo, los boers de Sudáfrica, eran atacados y sometidos por Gran Bretaña, independientemente de su origen.

Aun así, las herramientas intelectuales a nuestra disposición no nos permitían pensar en una alternativa al eurocriollismo ni la duda sobre lo que parecía un hecho completamente evidente, nuestra pertenencia a un gran cuerpo civilizacional cuyo epicentro era Europa. Ni siquiera los marxismos, las filosofías de la liberación como la de Leopoldo Zea (1912-2004) pudieron desbaratar los constructos. Debieron pasar muchas cosas, muchos libros, mucha reflexión pero sobre todo debió cambiar el estado del mundo para poder levantar esa cortina. El momento eurocéntrico de la historia mundial terminó hace muchas décadas en el plano económico y político; se arrastró mucho más en lo cultural: todavía hasta los años setenta siguió siendo París una capital para los latinoamericanos y el relato eurocriollo sigue dominando las narrativas académicas.

No creo que por mucho tiempo: los mecanismos que rigieron durante el siglo XIX han dejado de operar y hay otros que se han puesto en marcha. Las

migraciones han cambiado sentido: grandes masas pertenecientes a las viejas culturas campesinas amerindias y mestizas se han volcado sobre las ciudades criollas, y en el plano internacional la nueva hegemonía asiática es la que arroja sobre nuestros países objetos, modas, espectáculos y también inmigrantes. Son la nueva fuente de prestigio, imitación y ansiedad. Una nueva etapa para el mundo y también para Nuestra América. Un momento propicio para recapitular sobre nuestro pasado, para entender que la europeización de Nuestra América fue una coyuntura, no la marca decisiva sobre nuestro destino.

## Referencias

- ALBERDI, Juan Bautista. La acción de Europa en América. En: \_\_\_\_\_. *Autobiografía: la evolución de su pensamiento*. Pról. de Jean Jaurès. Buenos Aires: Jackson, 1945, p. 116-135 [1845].
- CONRAD, Sebastian. Enlightenment in global history: a historiographical critique. *The American Historical Review*, v. 117, p. 999-1027, 2012.
- FERNÁNDEZ-ARRESTO, Felipe. *Millennium*. Barcelona: Planeta, 1995.
- FLORESCANO, Enrique. *Historia de las historias de la nación mexicana*. México: Taurus, 2002.
- FREYRE, Gilberto. *Sobrados e mucambos: decadência do patriarcado rural e desenvolvimento do urbano*. 5. ed. Rio de Janeiro; Brasília: J. Olympio; INL, 1977 [1936].
- KRAUS, Michael. *The Atlantic civilization: 18th century origins*. Ithaca NJ: Cornell University Press, 1996 [1949].
- SARMIENTO, Domingo Faustino. *Obras completas II: Artículos críticos y literarios (1842-1853)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de La Matanza, 2001.
- TABOADA, Hernán G. H. Para 'reorientar' la historia de América: en busca de sus relaciones con la ecúmene euroafroasiática. *Astrolabio - Nueva Época*, n. 9, p. 118-150, 2012.
- TUR, Carlos; TABOADA, Hernán G. H. *Eurocriollismo, globalización e historiografía en América Latina*. México: CIALC/UNAM, 2008.
- ZUMETA, César. *El continente enfermo*. Nueva York: s.e., 1899.